

EL TEMPLO DE CONFUCIO EN PEI - PING

— POR —

ROXANE

SANTIAGO, 1931.



EMOS dedicado un día de nuestra estada en Pei-ping a visitar el Templo de Confucio, situado en el vasto recinto de la vieja Universidad china.

Penetramos por ancha puerta a una avenida de añosos árboles intercalados con grandes tabletas de piedra en las cuales están inscritos los nombres de los mejores escolares. Impone respeto la majestad augusta de esa vieja avenida que viene desde miles de años rindiendo culto a la inteligencia.

En un pabellón contiguo al templo se exhiben las primeras piedras que sirvieron para la imprenta. Sabido es que los chinos fueron los inventores de la imprenta; nuestros guías nos hacen demostraciones de cómo se imprimían los papiros sobre la piedra untada con el líquido absorbente que hasta ahora se llama tinta china.

El templo de Confucio no está poblado de imágenes, ni recargado de oropeles. Un rojo ligeramente dorado cubre murallas, nichos y pedestales. En el centro del que podríamos llamar altar mayor, se ve un enorme ramo de lotos de bronce y a sus costados grandes placas con las sentencias más notables del gran filósofo chino.

Alrededor de la sala y en diversos nichos, hay pequeñas obeliscos de piedra en homenaje a los discípulos de Confucio. En muchas de estas piedras y en otras colocadas alrededor de las murallas vemos grabadas las cabezas de Confucio, de su discípulo favorito Mencio, y de otros sesenta apóstoles de la doctrina filosófica del maestro.

Una vez al año el Emperador de la China venía a tributar homenaje al gran moralista. Ese homenaje coincidía con la distribución de premios a los escolares de la vecina Universidad.

Actualmente el Presidente de la República China, gran propagandista de la moral de Confucio, también tributa el millenario homenaje al que para todos los chinos continúa siendo el más grande de sus hombres.

Y decimos el más grande de sus hombres, porque jamás se le elevó a la categoría de Dios, ni se le rindió adoración, como a tantos otros fundadores de religiones en las edades primitivas.

Confucio o Kung-Tzé (Kung, significa filósofo), vivió entre el año 552 y 478 antes de J. C.; casi al mismo tiempo que los filósofos griegos y también en la misma época que los hebreos escribían el Viejo Testamento.

Fué su antecesor Lao-Tzé, fundador del Taoísmo. Pero en tanto que Lao-Tzé, influido con el esoterismo hindú, buscaba en el misterio de los elementos, en la metafísica y en el misticismo su doctrina, Confucio daba a su filosofía un aspecto práctico, un método de vida para hacer la felicidad de los humanos. El Taoísmo degeneró en supersticiones, y encantamientos que fueron formando genios del bien y del mal, fuerzas constructivas y destructivas a tal punto que se olvidó la primitiva enseñanza de Lao-Tzé; y el Taoísmo se convirtió en arte de magia y sus sacerdotes en hechiceros, adivinos y astrólogos.

El confucianismo, estrictamente hablando, es un código moral y político más que una religión, ya que no tiene credo ni culto divinos. Confucio no trajo mensajes celestiales, sino reglas de vida para los gobernantes, para la familia y los amigos.

— "Cómo podemos conocer el misterio de la muerte cuando no conocemos la vida?" — decía Confucio a sus primeros discípulos. — "El hombre debe vivir bien y no temer ni al Cielo ni a los demás hombres, sino a su propia conciencia. La felicidad o la desgracia son consecuencias de sus propios actos."

El silabario del escolar, insertado en el libro de ritos de Confucio, contiene ense-

ñanzas y obligaciones sociales entre el soberano y el súbdito, entre el padre y el hijo, el marido y la mujer, el hermano y la hermana, y el amigo con el amigo.

El cumplimiento de las cinco virtudes principales: benevolencia, justicia, reverencia, sabiduría y sinceridad produce el equilibrio social.

Un joven universitario chino, que tuvo la gentileza de traducirnos varias sentencias de Confucio, nos aseguró que la civilización de la China, además de ser la más antigua del mundo, era muy superior a la del Occidente.

— "Desde más de dos mil años, — dijo nuestro informante, — la inteligencia ha dominado. Ya ve usted que Sut-Yat-Sen fué el primer revolucionario y se le escuchó porque era el más alto exponente de la intelectualidad china. Los emperadores daban la derecha a los letrados y la izquierda a los militares. No puede llevar el título de mandarín, aún cuando le corresponda por herencia, quien no haya cursado en las Universidades y recibido el título de bachiller. Aun los antiguos ejércitos chinos tenían instrucción literaria".

Confucio fué en su juventud un destacado escolar que reunió en torno suyo un grupo de discípulos, de los cuales Mencio, fué el escogido. Este hizo el papel de Juan Evangelista en la doctrina confuciana y a él se debe la recopilación de los nueve libros del filósofo chino.

La fama de Confucio fué agrandándose de tal manera que en pocos años miles y miles de discípulos le seguían y acabaron por denominarle el filósofo Rey.

El Emperador, que era un déspota aconsejado por los militares, desterró de Pekín a Confucio y le obligó a vagar durante diez años por provincias lejanas.

El filósofo lanzaba terribles diatribas contra el poder absoluto e insistía en la obligación moral del soberano de cumplir las cinco virtudes de su doctrina. En suma sancionó, allá más de dos mil años atrás el derecho de revolucionarse contra la tiranía.

Entre sus anécdotas encontramos algunas muy interesantes.

Preguntaron un día a Confucio qué cosas se necesitaban para hacer un buen gobierno, y respondió:

— Primero: suficiente alimento. Segundo: suficiente poder militar. Tercero: que los gobernados tengan fe en el hombre que los gobierna.

¿Y si se hubiera de suprimir una de estas tres cosas? — le preguntaron.

Confucio dijo:

— Primero. Suprimir el poder militar. En seguida el alimento, porque se puede gobernar sin militarismo y sin alimento; pero sin fe en el que gobierna es imposible gobernar.

Otra anécdota.

Iba un día Confucio por el campo y vió a una mujer que lloraba amargamente ante una tumba. El filósofo pidió a uno de sus discípulos que preguntara a esa mujer la causa de su llanto.

— Hace tiempo, — dijo la desconsolada mujer, — mi suegro fué devorado por un tigre; en el mismo sitio también fué devorado mi esposo y ahora mi hijo ha sido también víctima del tigre.

— Entonces, ¿por qué permaneces en este sitio? — le preguntó Confucio.

— Porque aquí no hay un gobierno opresor — replicó la mujer.

— Escuchad bien, — exclamó Confucio. — oíd, discípulos míos; y recordad que un gobierno opresor es peor que los tigres.

Que una raza formada por la cuarta parte de la humanidad, haya escogido durante veinticinco siglos la doctrina de Confucio como regla de vida, es algo portentoso.

— Un chino, — nos decía el joven universitario, — puede ser budista, cristiano o mahometano, pero siempre sigue las máximas de Confucio como las del más sabio entre los hombres. Sus textos continúan grabándose en las tabletas de los escolares.

¿Sabe usted que Confucio dijo, 500 años antes de Cristo: "Trata a los demás hombres como desearías que te trataran a tí?"

La visita al templo de Confucio nos ha impresionado. Recibimos allí lecciones de bondad, y de virtud y de sinceridad.

Algo particularmente enaltecedor en la doctrina de Confucio es su afirmación de que la criatura humana nace con marcada tendencia hacia el bien. Sólo cuando no colabora con sus instintos naturales degenera; y de ahí resulta el mal. Oponerse a la voluntad del Cielo es malo, pero no es culpa del Cielo, sino del pecado. El hombre debe apoyarse en la educación y en la sabiduría.

Religión sin misterios ni terrores, no promete recompensas ni castigos. Al escuchar esas sentencias diríamos que era Augusto Comte quien las enunciaba.

La caravana de turistas que damos la vuelta al mundo, desciende en silencio las gradas de piedra del templo de Confucio. Una augusta paz rodea la gran avenida de los escolares ilustres.

Pasamos en seguida al Hall de los Clásicos, contiguo al templo. En sus salas se exhiben 300 tabletas con el texto completo de los nueve clásicos. Estos nueve libros son en parte escritos por Confucio y en parte por sus grandes discípulos.

Subimos también a la torre de la Gran Campana, que llama a clases desde miles de años atrás. Tiene este gong inmenso una leyenda trágica.

Dícese que el fabricante de esa campana de metal no acertaba a darle un sonido armonioso y que los espíritus le comunicaron en sueños que si no sacrificaba una vida humana no alcanzaría el anhelado sonido... La hija del campanero ofreció su vida; su cuerpo fué fundido en el crisol junto con el metal. Los supersticiosos aseguran que cuando replica la campana se escuchan gemidos lastimeros.

La campana repercute en ese momento. Nuestros oídos sólo perciben el melancólico son del viejo metal.

Yo pienso que igual cosa sucede con nuestra comprensión del misterioso chino... Vemos lo que los sentidos pueden ver, pero el enigma de esa raza persiste.